

Editorial

Diversos acercamientos a la evaluación de experiencias de educación informal y promoción social

En el editorial del número anterior se apuntaban ciertas líneas de posible acción educativa tendientes al cambio social, que podrían desarrollar tanto el sector oficial como los grupos independientes. Estas líneas se apoyaban en un diagnóstico de la realidad mexicana y en una extrapolación a corto plazo de las nuevas tendencias del gobierno, en lo económico y en lo educativo. Dicha extrapolación permitía prever que, aun cuando esas reformas se llevaran a efecto de una manera sistemática y eficaz, no lograrían ni una distribución más justa de las oportunidades de participación política, ni una transformación profunda de los valores necesarios para reorientar las relaciones sociales en las que se finca la injusticia estructural.

Dentro de este contexto, se analizó el sentido que podrían tener los esfuerzos independientes de promoción, organización y educación popular que han empezado a surgir en el país y cuyos objetivos de cambio social pretenden ser más profundos y duraderos que los proclamados por el sector oficial. Se indicaban también algunos aspectos a los que deberían prestar atención los grupos que realizan ese tipo de acciones independientes. Entre esos aspectos nos parece de particular importancia la necesidad de evaluar sistemáticamente los efectos sociales generados por ese tipo de acciones, así como el desarrollo de metodologías apropiadas para juzgar su viabilidad y posible eficacia.

Por esta razón aceptamos recientemente la coordinación de un seminario sobre metodología de la evaluación de programas de desarrollo que incluyeran especialmente la educación popular y la promoción social. En él participaron representantes del sector público y de algunas instituciones independientes.

De los resultados del seminario nos interesa destacar aquí las diferencias detectadas entre los participantes, en cuanto al punto de partida epistemológico que sustenta tanto la metodología de evaluación de los programas de desarrollo como el enfoque de los mismos.

Para un sector de participantes, el conocimiento necesario para diseñar, implementar y evaluar los programas se genera en el exterior de la comunidad y del grupo implementador de dichos programas. Allí se realiza la investigación básica, se elaboran los mensajes tecnológicos y educativos, y se planean las

estrategias que deben ser implementadas entre la población. Estos componentes del programa provienen, por lo general, de los expertos que se hallan en el escalón más alto de la jerarquía tecno-burocrática y se comunican a los promotores locales en forma de “recomendaciones prácticas” que deben diseminarse entre los sujetos de la promoción, a través de “prácticas de demostración” y por medio de asesorías personales.

Este modo de operar conlleva lógicamente una metodología de evaluación que se construye y se realiza también en el exterior de las comunidades, de acuerdo con criterios fijados de antemano para la implementación del programa. La evaluación se orienta prioritariamente a la cuantificación de los cambios ocurridos en el área de la promoción y, secundariamente, a los factores que explican tales cambios. Aun cuando se toman en cuenta algunas variables de tipo social, las más importantes son de tipo económico, tales como el costo-beneficio del programa y la relación entre los mensajes tecnológicos vertidos desde el exterior y sus efectos en la adopción de técnicas agrícolas o sanitarias para aumentar la producción o mejorar la dieta alimenticia.

La mayoría de estos programas operan, en una u otra forma, dentro de la esfera del control gubernamental, de modo que se ubican necesariamente dentro del modelo de desarrollo adoptado por el régimen y se orientan obviamente hacia sus objetivos y prioridades.

Otro sector de participantes opinó que el conocimiento, las estrategias de la promoción y los métodos de evaluación se generan, casi exclusivamente, dentro de la comunidad y del grupo promotor, a partir de una *praxis* que se define en términos de convivencia con la población, observación participante, captación y sistematización de todos los elementos interesantes, presuponiendo un marco de referencia elemental y un hábito de disciplina intelectual previo, que permita “inventar preguntas relevantes” y discernir “hechos interesantes”. Aunque reconocen la necesidad y la utilidad de una buena teoría y de ciertos análisis previos, se privilegia por principio la *praxis* como fuente de conocimiento de las necesidades, los procesos y las relaciones sociales en los que se quiere incidir con la promoción.

Estos participantes reconocen también, hasta cierto grado, el lugar que les compete a la ciencia y a la tecnología, pero colocan toda su fe en la creatividad e intuición de los actores del proceso. Éste se basa en una teoría activa del descubrimiento y del aprendizaje, y en un dejar hablar a la realidad activamente, antes de pensarla. El hacer, complementado por la intuición y la iniciativa, y el desarrollo de las fuerzas ocultas en la misma acción, son las pautas fundamentales para conducir la experimentación y partir de allí a fórmulas más elaboradas de reflexión y análisis.

Tratando de ser lógicos con este planteamiento, los propugnadores de este enfoque consideran que la evaluación es una actividad permanente y autogenerada por el proceso mismo de la promoción. Por tanto, los métodos que suelen emplear son autoevaluativos: reconstrucción e interpretación del proceso histórico de los equipos de trabajo, a base de algunas constantes, análisis de dinámicas que expliquen su evolución y confrontación del efecto de sus propias acciones con la respuesta del pueblo a las mismas, etcétera.

Finalmente, un tercer grupo de participantes consideró que la sistematización del conocimiento para aprehender la realidad, la elaboración de las estrategias de acción y la metodología para evaluar los efectos de los programas, se generan tanto en el interior como en el exterior de las comunidades y de los grupos promotores.

Por un lado, la investigación desde el exterior aporta instrumentos de trabajo suficientemente válidos para descubrir, interpretar y explicar la fenomenología que se esconde en la problemática empírica que expresa la población. Y por otro, el descubrimiento, la selección y la aprehensión de variables y categorías conceptuales descansan fundamentalmente en los datos, inquietudes y problemas que se revelan a través de la interacción, consulta y confrontación con los destinatarios de los programas de desarrollo.

Se postula, por tanto, una interacción dialógica entre las instituciones o grupos de investigación externos a los proyectos y los actores del programa. En consecuencia, el concepto de evaluación que se maneja es el de "investigación participativa de apoyo", por medio de la cual se trata de entender objetivamente todos los componentes del proceso de la promoción y pronunciar un juicio crítico tanto sobre las hipótesis que fundamentan los objetivos y las acciones del programa como sobre su viabilidad y eficacia, con el propósito de retroalimentarlo bien sea modificándolo, bien extrayendo los elementos y procedimientos más valiosos que puedan fecundar otros proyectos similares.

* * *

La interpretación que hemos hecho hasta aquí de las intervenciones en el seminario sobre metodología de la evaluación de programas de desarrollo, nos da pie para hacer las siguientes observaciones finales:

- 1) La metodología que propone el primer grupo es consecuente con los recursos y la capacidad técnica de que disponen las instituciones oficiales y con los objetivos de desarrollo que pretenden. Sin embargo, tiene serias limitaciones por dos capítulos. Uno, porque la concepción de los objetivos del desarrollo y la generación del conocimiento para lograrlos son dominantes y sectoriales. Y otro, porque su metodología de evaluación es incompleta, ya que sólo atiende a los cambios generados por el programa y muy poco a los factores de índole social que podrían explicar dichos cambios.
- 2) El método que propone el segundo grupo, aun cuando trata de evitar las limitaciones del primero, se apoya en dos presupuestos muy cuestionables que podrían invalidar los mismos objetivos sociales que persiguen. En primer lugar, este enfoque supone que los actores involucrados en los proyectos tienen los instrumentos científicos necesarios para descubrir por sí mismos, interpretar y explicar la problemática empírica que manejan cotidianamente. Y en segundo lugar, supone que las acciones y reacciones de la *praxis* son suficientemente valiosas y válidas como para generar un pensamiento creativo, productivo y autónomo, que sea capaz de fecundar

la evolución de los proyectos que manejan. Si esto no es así, entonces los actores del proceso caerán en la "involución" y en una esterilidad científica que les impedirá captar, sistematizar y evaluar las mismas experiencias que vertebran su modelo de operación.

- 3) Finalmente, el método que propone el tercer grupo nos parece que puede obviar con menos dificultad los escollos de las dos posiciones anteriores. Por una parte, se involucra suficientemente en la problemática de la población y de los actores del proceso, para evitar el peligro de partir sólo de referencias teóricas elaboradas desde el exterior. Pero, al mismo tiempo, se aleja suficientemente del proceso para poder juzgarlo objetivamente y valorarlo en todas sus dimensiones, sin la contaminación emocional de quienes, con cierta frecuencia, padecen solamente sus efectos y se contentan con soslayar sus causas.

La experiencia acumulada a partir de algunos estudios de evaluación que hemos realizado indica que los efectos sociales que generan los programas de desarrollo, tanto entre grupos suburbanos como rurales, pueden evaluarse con mayor objetividad cuanto más poderosa es la lente con que se les mira y menos contaminada la atmósfera emocional que los encubre.

Centro de Estudios Educativos